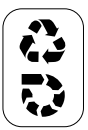
www.loqueleo.es

© 2026, Maite Carranza y Júlia Prats
Inspirada en una obra publicada en Fiction Express.
© De esta edición:
2026, Sanoma Educación, S. L. U.
Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Educación, S. L. U.
Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-84-9122-603-1
Depósito legal: M-3160-2026
Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: noviembre de 2026

A la memoria de Mike, rebelde
e inconformista hasta el final.



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

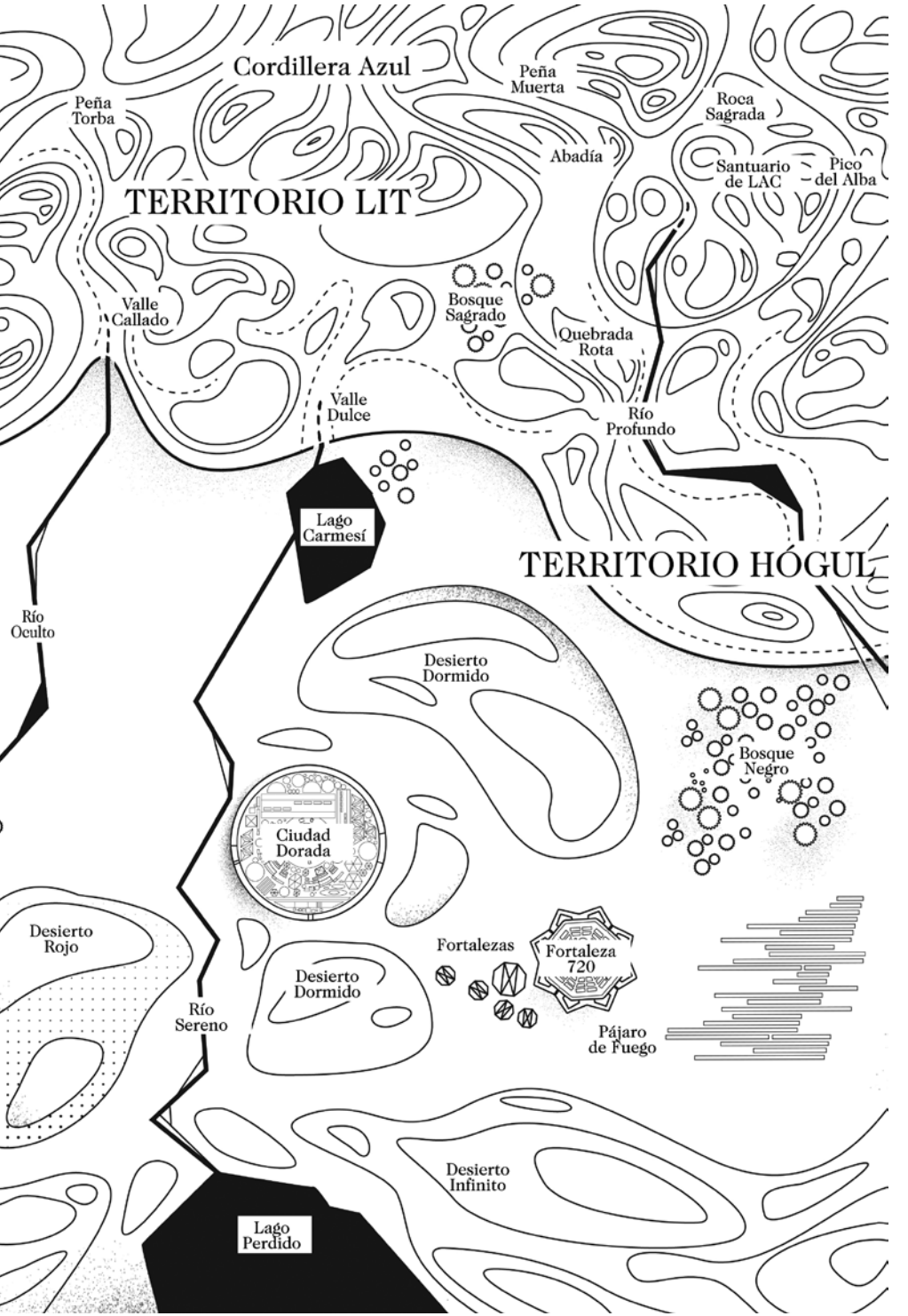
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

TIERRAS DE LAC

El Águila Bicéfala

MAITE CARRANZA
JÚLIA PRATS


MAR OSCURO
Pico Eterno
Pico del Ocaso
Valle Ventoso
Río Turbío
Desierto Rojo
Zona Industrial
Polígono 411
Centro de reproducción
Desierto Infinito


Cordillera Azul
Peña Torba
Peña Muerta
Roca Sagrada
Abadía
Santuario de LAC
Pico del Alba
TERRITORIO LIT
Valle Callado
Bosque Sagrado
Quebrada Rota
Valle Dulce
Río Profundo
Lago Carmesí
TERRITORIO HÓGUL
Río Oculto
Desierto Dormido
Bosque Negro
Ciudad Dorada
Desierto Rojo
Fortalezas
Fortaleza 720
Desierto Dormido
Río Sereno
Pájaro de Fuego
Desierto Infinito
Lago Perdido

El Águila Bicéfala

En tiempos de sombras y de fuego, cuando el destino
tiemble en su lecho,
dos presencias surgirán como un mismo latido,
dos almas nacidas en un solo aliento.

De su unión brotará la fuerza.
Su curiosidad no hallará frontera,
y su audacia abrirá sendas que nadie antes se atrevió a soñar.
Juntas preguntarán aquello que el mundo teme pronunciar,
y lo hallado será solo umbral de lo que permanece oculto.

Lucharán codo con codo
y la sangre de los suyos pesará sobre sus manos.
La traición nacerá del corazón de quienes más amaron,
y llorarán lágrimas amargas que marcarán su ascenso.

Sus pasos las conducirán ante LAC, el Supremo Hacedor,
cuya voz sostiene los pilares de toda existencia.
Solo a ellas les será revelada la Verdad Sellada,
aquello que los sabios olvidaron y los ancianos
jamás comprendieron.

Porque un águila con dos cabezas
atravesará la frontera invisible
y volará sobre el Santuario,
el umbral que une los mundos y desgarra el velo del tiempo.

Allí, donde lo real se inclina ante lo posible,
las hermanas abrirán la puerta que ningún mortal
se atrevió a cruzar.

Y así será cumplida la profecía:
lo que nació doble caminará como uno,
y su destino, tejido por LAC,
alterará para siempre los ecos de todas las realidades.

CAPÍTULO 1.
MR. X

Denver

El asombro le impedía respirar. Amplió la pantalla y visualizó la imagen de las dos muchachas zan, idénticas, ante las que se arrodillaban los wur.

Efectivamente, eran iguales y acababan de encontrarse la una con la otra. Su estupor no era fingido, sabía distinguir la actuación de una buena actriz por detalles sutiles, pero el brillo de los ojos y el lenguaje gestual de la sorpresa de las jóvenes era sincero. Ninguna sabía de la existencia de la otra.

¿Y el lugar? ¿Cómo era posible que las arrastrara el azar y las convocara en un escenario preparado para ellas? Sombras y fuego. ¿Quién había dispuesto ese encuentro?

Tecleó y buscó desesperadamente otras imágenes que corroborasen la escena que acababa de contemplar. El antes y el después. Pero el después resultaba más aterrador que el antes. Lucharon juntas, se recluyeron juntas en los calabozos y juntas fueron reducidas e introducidas en un camión. Ahí se perdía la pista.

De eso hacía cuatro días.

¿Estaban juntas en territorio hógul?

Se pasó la mano por la frente perlada de sudor. No era posible, se dijo. Eso no era posible.

Y sin embargo, había sucedido.

Buscó con frenesí la profecía y reprodujo el primer fragmento que aludía a las hermanas.

En tiempos de sombras y de fuego, cuando el destino
tiemble en su lecho,
***dos presencias** surgirán como un mismo latido,*
***dos almas** nacidas en un solo aliento.*
***De su unión** brotará la fuerza.*

Era una broma del destino o... las profecías existían para cumplirse.

CAPÍTULO 2.
HACME

Poblado hógul

No sentí miedo.

Esperaba sentirlo porque nos habían vuelto a atar las manos y nos habían llevado a rastras, porque la puerta se cerró a nuestras espaldas con un golpe seco, porque los hógul gritaban y nos amenazaban con armas, y porque nuestras vidas, la de Senda y la mía, estaban en sus manos.

Pero no.

Tampoco lo sentí antes, cuando nos hicieron bajar del camión y unos guardias armados nos interceptaron, discutieron con Ade y nos obligaron a seguirlos. No sentí miedo mientras avanzábamos por las callejuelas llenas de barro y ceniza de lo que parecía ser una aldea. Las chozas eran de madera dañada por el sol y la lluvia, con techos de paja y ventanas pequeñas para preservarse del frío. Senda y yo la atravesamos flanqueadas por los guardias y por Ade y, a nuestro paso, oíamos el chasquido de las puertas al cerrarse y nos sentíamos observadas por sombras que nos estudiaban con recelo, amparadas en los ventanucos. Podía sentir sus pupilas clavándose

en mi nuca. Oí un grito, y alguien lanzó un objeto, quizás una piedra, que, por fortuna, no nos alcanzó. Senda y yo no éramos bienvenidas.

Pero no sentí miedo.

Venía del miedo desde que tenía recuerdos, del miedo en la fortaleza, un miedo permanente a ser diferente y por ello señalada, descubierta y descartada. Transité por el miedo frío de Ciudad Dorada y el miedo a que los zan me delataran. Y, por supuesto, no podía olvidar el miedo a no poder salir de aquella ratonera de los calabozos del estadio y acabar quemada en el trono de una ceremonia macabra. Y, sin embargo, en aquellos momentos era una prisionera de los hógul. Siempre los tuve por sanguinarios, crueles, monstruosos..., pero no sentía miedo.

Quizás fuera por los aromas del bosque, muy diferentes a los que estaba acostumbrada. Eran tan densos que casi podía apresarlos con las manos y amasarlos. ¡Cuántos olores extraños que no podía nombrar!

—¿Hueles? —pregunté a Senda, que parecía airada—. ¿Es olor de bosque?

Senda, a diferencia de mí, no estaba impresionada.

—Huele a humo y a salvia fresca, a tejo amargo, a hayedo, a robledal, y creo que a liquen y hojas putrefactas.

Quise abrazarla. Había puesto nombre a mi ignorancia, y al escucharla hablar con indiferencia de árboles desconocidos, comía de sus palabras como si fueran un puñado de pienso dulce. ¿Tejos? ¿Salvia? ¿Hayedo?

Ya no me importaban los hógul ni los peligros que nos acechaban. Me gustaba el olor del bosque y no sen-

tía miedo. Todo lo que estaba viviendo era real, tan real como la voz irritada de Ade, que se interpuso entre los soldados y nosotras al salir del camión.

—¡Dejadlas! —gritó—, son mis invitadas.

—¡Aparta! —lo amenazó uno de ellos, que cojeaba.

Agucé el oído, su voz era humana. Era la primera vez que oía hablar a un hógul.

—No nos lo pongas difícil o te encerramos con ellas —escupió su compañero.

No entendí nada. ¿Acaso Ade no era el líder? ¿Los hógul hablaban como nosotros?

Senda aprovechó el desconcierto para mirar angustiada a su alrededor y detectar un punto de fuga, el espacio muerto que quedaba entre dos lanzas. Lo intentó y fue rápida, pero la golpearon y cayó al suelo con la oreja sangrando.

Ade levantó los brazos en un gesto que me pareció desesperado.

—¡Alto! ¡No las golpeéis!

¿Por qué no le obedecían? ¿Por qué sus órdenes nacían muertas?

—¿Dónde las lleváis?

No se tomaron la molestia de responderle, y Ade nos siguió suplicante.

—Yo decido, yo las traje aquí. Soltadlas.

Ni caso. La voz de Ade resultaba patética. Nosotras estábamos maniatadas y los guardias eran cuatro e iban armados.

Fuese por pena, o para no oírlo más, obtuvo una lacónica respuesta.

—Cumplimos órdenes de Marco.

Ade pateó el suelo con rabia. Fuera quien fuera Marco, entendí que lo superaba en jerarquía.

—¿Dónde está? Necesito verlo —exigió.

—Ha ido a la granja, luego regresará.

Dejamos atrás las chozas y nos adentramos en el bosque. La noche había caído de golpe, habían bajado las temperaturas y tiritábamos. Contemplé con envidia el humo que íbamos dejando a nuestras espaldas, el que salía por los tejados de las chozas. Mientras los guardias nos conducían hacia un lugar despoblado a las afueras de la aldea, imaginé cómo sería entrar en una de esas frágiles cabañas y sentarme junto a la lumbre.

Conocía a Ade lo suficiente para saber que estaba evaluando la situación y que estudiaba el terreno con astucia, pero no podía confiar en él. Aunque fingiese ser bondadoso, no había tenido escrúpulos en mentirme, y ahora los hógul le estaban pagando con la misma moneda. La herida de su amistad traicionada me dolía. Todavía no había asimilado al nuevo Ade, el que nos engañó y nos utilizó. Recordaba perfectamente la decepción que sentí cuando llegó al mando del batallón hógul comandando a los salvajes que manejaban las lanzas con sus zarpas y aullaban con sus bocas jalonadas de largos colmillos. No le reconocí en ese personaje frío que ordenaba reducir a los prisioneros, incluido Teyu, y se negaba a responder a mis preguntas.

Harto de ser ignorado, en cuanto nos introdujeron en la prisión, Ade dio media vuelta y lo engulló la noche.

Unas horas después, calculé que debíamos estar cerca del amanecer, ese momento de tránsito vacío, sin obligaciones y sin ruidos, que invitaba a cerrar los ojos. Senda dormitaba, pero yo estaba desvelada y atenta a ese cúmulo de emociones extrañas que sentía.

A excepción de una lámpara de gas que titilaba en el interior de la pequeña cabaña, con suelo de tierra y jergones de paja, fuera reinaba la oscuridad, y la ceniza llovía cansina tiñendo las copas de los árboles de gris. El tiempo pasado en Ciudad Dorada me había hecho olvidar la noche y ahora, junto con los olores del bosque, me invadía el deseo de pasear bajo la cúpula celeste. En la fortaleza no nos lo permitían, y Kajo siempre se negaba a transgredir las normas y trepar conmigo al tejado para contemplar la luna.

Quizás por eso oí los pasos que se aproximaban desde la lejanía. Venían a por nosotras, se dirigían a nuestra choza. Las botas golpeaban el suelo rítmicamente, amenazantes, y cada vez estaban más cerca. Se me paralizó el corazón y supe que algo estaba a punto de suceder. ¿Qué nos iban a hacer? Desperté a Senda y su reacción me sorprendió. Saltó como un animal dispuesto a atacar, y vi cómo sus ojos estudiaban con rapidez el minúsculo espacio. Buscaba un arma, una forma de plantar cara al peligro.

—Ponte ahí —me indicó organizando una hipotética defensa, a pesar de que estábamos maniatadas.

Todo se precipitó cuando la puerta se abrió con brusquedad y, en lugar de soldados, aparecieron cuatro lanzas.

—No queremos sustos. Sentaos.

Senda obedeció y me relajé al aspirar el soplo de viento que entró con ellos, aunque no era tan solo olor de bosque, era otro olor. Un olor salado, sabroso, provocador. Un aroma diferente a todo lo que yo podía identificar.

La boca se me hizo agua y me sorprendí al contemplar una olla caliente que traían entre dos hógul. Humeaba. ¿Qué había dentro?

—Debéis de tener hambre.

Su voz era neutra y detecté un resquicio de piedad. Todo era confuso. ¿Los hógul eran capaces de empatizar?

Senda no se movió, y yo la imité, aunque me moría de ganas de agacharme sobre la olla y contemplar con mis propios ojos lo que había dentro y olía tan bien.

A pesar de su aspecto sanguinario, los hógul llenaron dos platos con un cucharón, y en esa tarea minuciosa y cercana detecté su torpeza al manejar los utensilios con esos brazos peludos que culminaban en grandes garras. Dejaron los platos en el suelo, con sendas cucharas de madera, añadieron dos pedazos de algo blanco, crujiente y oloroso, y dieron media vuelta.

Senda, tan extrañada como yo, no esperó a hacer averiguaciones. A pesar de las ataduras, hundió la cuchara en el plato y se la llevó a la boca. Masticó poco a poco y lanzó un profundo suspiro.

—¿Qué es? —quise saber.

—Un guiso de alubias y col. Ya era hora.

No comprendí nada, pero el olor me atraía. Senda comía con apetito y señaló mi plato con un gesto.

—Come, que se va a enfriar. Está bueno, coge la cuchara y acompáñalo con pan.

No me hice de rogar. Me senté ante ella y, maniatada, sumergí la cuchara en el plato en un gesto mecánico. Cerré los ojos y mastiqué poco a poco, saboreando la explosión de sabores y texturas que me inundaron. Me pareció delicioso.

Y el hambre surgió de la nada, intensa, atroz, como si no hubiera comido nunca antes de aquel momento. Me llevé la cuchara a la boca una y otra vez con gula, mordí el objeto blanco que se llamaba pan y me supo a gloria, mastiqué con desespero y engullí hasta que el plato quedó limpio. Pero no estaba saciada.

—Tenías hambre atrasada —comentó Senda al verme lamer mi plato.

Estaba en lo cierto.

CAPÍTULO 3.
ROR

Granja

18 Ror cerró los ojos para no contemplar el lamentable espectáculo de un wur enloquecido arrancándose la ropa a manotazos.

—¡Socorro! ¡Quitadme esto!

El wur, sin su camisa, saltaba grotescamente de aquí para allá chocando contra las paredes de la construcción de madera, con el suelo cubierto de paja, donde los habían encerrado los hógul. Chillaba desaforado e intentaba aplastar algo minúsculo que solo él veía y que, al parecer, se movía por su torso, sus brazos y su cuello.

—¡Por favor, ayudadme!

Imploraba una vez y otra Hoit, que así se llamaba el wur musculoso y de piel morena. Pero el círculo de wur se iba alejando de él, y todos a los que se encaraba retrocedían un paso con el miedo reflejado en el rostro.

Ror mantenía la calma, aunque sabía que, si bien los wur no le tenían simpatía, tarde o temprano Hoit recurriría a su ayuda. Se entretuvo en calcular el tiempo probable que tardaría en hacerlo. Y para esa operación matemática anotó mentalmente su grado de ansiedad creciente,

los pasos que daba en todas las direcciones y la velocidad a la que los otros wur se alejaban de él. De golpe, sus predicciones se esfumaron porque Kajo, contra todo pronóstico, se levantó, se inclinó sobre Hoit y atrapó algo entre sus dedos índice y pulgar. Eso que, fuese lo que fuese, lo aterrorizaba.

Se hizo un gran silencio por el valor de la joven, pero ella se quedó inmóvil. Había invertido su valentía en esa acción y ahora permanecía hierática y disociada de su mano sin atreverse a actuar.

—Por favor, que alguien me diga qué es esto —susurró con voz trémula.

Hoit, liberado de su pesadilla, corrió a ocultarse en un rincón y, a pesar de su tamaño, se acurrucó y se meció rítmicamente como un niño tras una pesadilla. Los demás abrían los ojos expectantes y guardaban silencio. La súplica casi muda de Kajo empujó a Ror a levantarse y a echar un vistazo.

Con una mezcla de asco y curiosidad observó un minúsculo insecto negro compuesto de cabeza, tórax y abdomen, con seis patitas que se movían frenéticamente en el aire. Kajo lo apretaba tan fuerte que el bicho corría el peligro de ser aplastado. Ror sintió un zarpazo de ternura y la nostalgia de su Drosi, su mosca del vinagre, regresó intacta a su pecho en forma de calorcillo agradable. Ese insecto no tenía alas, pero se le parecía.

—Creo..., creo que es una hormiga y, si no me equivoco, es inofensiva para los humanos. Posee una fuerza descomunal en sus mandíbulas y es capaz de transportar pesos

diez veces superiores al suyo propio. Vive en comunidad y tiene tareas asignadas, se comunica con las antenas y es posible que en estos momentos haya pedido ayuda a su tribu.

Kajo tuvo suficiente. Abrió los dedos y la dejó caer al suelo.

—¡No, no! ¿Qué haces? —le reprochó Ror agachándose y buscándola a cuatro patas entre la paja—. Ahora se ha ocultado y no podré encontrarla.

Noh, una mujer de cabello rizado y negro con madera de líder, se erigió en voz de todos.

—Eso significa que en este lugar hay hormigas y... otros seres vivos minúsculos y dañinos.

Todos miraron a su alrededor sin ver nada, pero presintiendo peligros innominados. La cuadra de madera donde los habían encerrado estaba cerca de unas extrañas dependencias que generaban olores y sonidos intimidantes. Los wur llevaban muchas horas intentando acostumbrarse a esas nuevas sensaciones sin lograrlo. Los olores fétidos, los ruidos escalofriantes y la certeza de haber sido abandonados en medio de una naturaleza hostil habían aumentado su ansiedad hasta niveles insoportables.

Ror, sin la más mínima empatía por sus compañeros de periplo, asintió.

—Con toda probabilidad en territorio hógul perviven los insectos que causaron las antiguas plagas —enumeró—: hormigas, mosquitos, gusanos, arañas, escarabajos...

—¡Basta! —le interrumpió Kajo con la cara blanca—. Lo que dices es terrorífico.

Ror, sin darse cuenta del estado de pánico que se iba contagiando entre los wur, quiso especificar con más precisión.

—LAC preservó a los Territorios zan y wur de la contaminación y eliminó cualquier bacteria o ser vivo que atacase a los humanos. Sin embargo, los hógul, por su estado salvaje, conviven de forma natural con todas las especies aberrantes que acabaron con la civilización.

Enseguida supo que tendría que haberse mordido la lengua. Su perspectiva fría y analítica no había hecho más que alimentar el miedo ancestral que todos sentían por los seres vivos. Aunque, a diferencia de los zan, los wur no podían controlar sus sentimientos.

Los gritos le sorprendieron.

—¡Nos devorarán! —chilló Hoit temblando.

—Moriremos triturados por los dientes de las hormigas y las arañas —sollozó una joven wur de pelo corto llamada Raki, que había escapado de una muerte segura en los calabozos del estadio.

—No, no —se apresuró a tranquilizarla Ror—. No comen carne humana; bueno, en putrefacción sí, pero, vaya, es muy difícil que eso suceda…

—¡No quiero morir! —exclamó Meku, una muchacha que se retorcía las manos, angustiada, e imploraba con la mirada un consuelo que nadie le podía dar.

Hasta el gigante Emak estaba sobrepasado por el pánico.

—¡No quiero que mi cuerpo sea pasto de los gusanos!

—Cuando durmamos los insectos penetrarán por nuestros oídos y nos comerán el cerebro —gimió Qune, un

hombre fornido que se tapaba los oídos, obsesionado por esa idea peculiar que Ror consideró original.

—Los tenemos en el pelo, tenemos la cabeza llena de insectos. ¿No notáis cómo pican? —exclamó Lea, una guerrillera, rascándose con desespero y contagiando su obsesión al resto de wur.

—¡Vuelan, nos atacarán desde el aire! —gritó otro.

Y todos levantaron la vista al mismo tiempo para defenderse de los ataques aéreos.

Ror no supo si unirse a los gritos y a los sollozos, aplaudir o reír ante la ola de terror estúpido motivada por una minúscula hormiga. Entendía que si, en lugar de una sola, visualizara centeneres o miles o cientos de miles, la idea podía resultar impactante, pero no era el caso. ¿O sí?

Lo ignoraba.

—¡Callad! ¡Callad todos! —Era Noh, la mujer con madera de líder que tenía las manos rugosas con dedos amputados—. ¡Silencio!

Consiguió lo que se proponía y los wur, obedientes por naturaleza, se detuvieron en el acto para escucharla.

—No vamos a morir por culpa de estos minúsculos insectos.

Ror le dio la razón, por fin se instauraba el sentido común.

—Ni tampoco seremos devorados por las bestias que escuchamos, esos animales salvajes que en cualquier momento pueden penetrar en esta cuadra. ¿Los oís?

Ror aguzó los oídos y, en efecto, escuchó sonidos extraños que según sus conocimientos podrían ser traduci-

dos por balidos, maullidos, mugidos, relinchos, gruñidos o ladridos. Todo tipo de animales domesticados de manual que conocía de los documentos informáticos de su aprendizaje, en ningún caso salvajes.

Los wur expresaron primero su asombro y luego prorrumpieron de nuevo en gritos.

—No, ni tampoco moriremos por culpa de la vegetación que nos rodea y que trepará por las paredes, germinará en los suelos y acabará enredándose en nuestros pies...

Ror se admiró de la imaginación desbordante de los wur. No podía concebir ser atrapado por un pino o comido por una vaca, pero los wur eran así, excesivos. Y Noh estaba inspirada.

—Ese tampoco será nuestro final. Tenemos que prepararnos para lo peor de lo peor.

Ror notó un tacto caliente en su mano derecha. Kajo, con los ojos húmedos, se había asido a él mientras escuchaba las palabras de Noh.

—Moriremos a manos de los hógul, unos salvajes sanguinarios que disfrutan torturando a sus víctimas, bebiendo su sangre, troceándolas y llevándolas hasta el límite del dolor soportable. Ese será nuestro final. Preparémonos para ello en lugar de perder el tiempo con minucias.

El grito fue unánime, y el miedo de Kajo se le contagió, ascendiendo por su brazo e instalándose en su corazón que, al cabo de unos minutos, se desbocó descontrolado causándole una arritmia. Ror se concentró en los

latidos, en sus sístoles y diástoles, mientras en la cuadra reinaba el caos y las paredes temblaban por los lloros y los lamentos de los wur.

Solamente él, asido a la mano de Kajo, se mantenía sentado en el suelo, ajeno a la locura colectiva. Por primera vez en su joven vida, contemplaba la posibilidad de morir. Hasta ese mismo instante esa idea jamás había cruzado por su cabeza.

Kajo pareció interpretar sus pensamientos y con un susurro inaudible murmuró:

—A lo mejor morir es un consuelo.

Ror le apretó la mano con fuerza y le sonrió.